

bitter como violón; la chartreuse verde era el tono mayor, la benedictina el tono menor, etc. (Pág. 63).

Des Esseintes no sólo oye la música de los licores, sino que olfatea también el color de los perfumes. Del mismo modo que tiene un órgano de boca, posee también una galería de cuadros nasal, es decir un número considerable de frascos que encierran todas las substancias olorosas posibles. Cuando sus sinfonías del gusto no le producen ya placer, toca un trozo musical olfactivo. «Sentado en su tocador, delante de su mesa... una ligera fiebre le agitó, y se halló dispuesto á trabajar... Con sus vaporizadores inyectó en la habitación una esencia formada de ambrosía, de espliego de Mitcham, de guisantes de olor, de aroma florido, una esencia que cuando es destilada por unartista, merece el nombre que se le otorga de «extracto de prado en flor»; luego en este prado introdujo una fusión precisa de tuberosa, de flor de azahar y de almendra, y en seguida nacieron lilas artificiales, mientras que los tilos se abanicaban, dejando caer sobre el suelo sus pálidas emanaciones. Semejante decoración colocada ya en unas cuantas grandes líneas, ... dejó caer una ligera lluvia de esencias humanas y cuasi felinas, que olían á faldas, anunciando á la mujer empolvada y acicalada, el estefanotis, la ayapana, el opoponax, el chipre, el champaka, el sarcanto, sobre los cuales yuxtapuso una miajita de filadelfo, á fin de dar, en la vida ficticia de la pintura, del colorete que desprendían, una flor natural de risas en sudor (!), de alegrías que retozan en pleno sol» (Páginas 154-157).

Hemos visto cómo M. Huysmans sigue servilmente á la letra en su charla sobre el te, los licores y los perfumes, el precepto fundamental de los parnasianos, que consiste en despanzurrar los diccionarios especiales. Ha tenido evidentemente que copiar los catálogos de los viajeros en perfumería y jabones, en tes y licores, para reunir su erudición de precios corrientes.

No es para sorprender que siguiendo este régimen Des Esseintes caiga enfermo. Su estómago rechaza todo alimento, lo cual hace posible el supremo triunfo de su amor por lo artificial: se ven obligados á alimentarle con lavativas peptonizadas, es decir de una manera absolutamente opuesta á la manera natural.

Omito muchos detalles para no hacerme prolijo; por ejemplo: una descripción inacabable de los tonos asociados á los colores (P. 17-20); la de orquídeas, que le gustan porque tienen á sus ojos apariencias de sarpullidos de la piel, de cicatrices, de costras, de úlceras y de chancros, parecen envueltas en paños y vendas untadas con manteca negra mercurial, con unguentos verdes de belladona (P. 120); una exposición del lado místico de las piedras preciosas y semipreciosas (P. 57-60), etc. No quiero ya más que señalar algunas otras especialidades del gusto de este decadente-tipo.

«El verbo salvaje, el talento áspero, delirante de Goya, le seducía; pero la universal admiración que sus obras habían conquistado le apartaba, no obstante, un poco, y había renunciado hacía años á ponerlas marco... En efecto: si el aria más hermosa del mundo llega á ser vulgar, insoportable, en cuanto el público la canturreas en cuanto los organillos se apoderan de ella, la obra de arte que no permanece indiferente á los ojos de los falso, artistas, que no es discutida por majaderos, que no se contenta con suscitar el entusiasmo de unos pocos, se convierte, por su parte, por eso mismo, á los ojos de los iniciados, en profanada, trivial, casi repugnante» (P. 134.)

El ejemplo del organillo es una argucia destinada á extraviar al lector. Si una hermosa aria se hace insoportable tocada por los organillos, es porque los organillos la tocan en falso, chillonamente y desprovista de expresión; es decir modifican la esencia misma del aria y la rebajan hasta la vulgaridad; pero la admiración del mismo estúpi-

do más reacio no cambia absolutamente nada á la obra de arte, y á los que le ha gustado por sus cualidades volverán á encontrar todas esas cualidades completas é intactas, aun cuando millones de miradas de *filisteos* insensibles se hayan posado sobre ella. La verdad es que el decadente reventando de estúpida vanidad pone al descubierto aquí involuntariamente su fondo más íntimo. Ese mocito no tiene, de hecho, la menor comprensión del arte y es completamente inaccesible á lo bello como á todas las impresiones exteriores; para saber si una obra de arte le gusta ó no, no mira la obra de arte ¡oh, no!, le vuelve la espalda; pero estudia ansiosamente las caras de las gentes que se paran ante ella: si muestran entusiasmo, el decadente desprecia la obra; si permanecen indiferentes ó aun si parecen disgustados, la admira con convicción. El hombre trivial trata siempre de pensar, de sentir, de hacer lo mismo que la muchedumbre; en cuanto al decadente, busca exactamente lo contrario; uno y otro toman, pues, su manera de ser y sus sentimientos, no en sus interioridades, sino que se los dejan dictar por la muchedumbre; uno y otro carecen de personalidad y han de tener constantemente los ojos puestos en la muchedumbre para encontrar su camino. El decadente es pues sencillamente un hombre trivial con el signo *menos*, que absolutamente como éste, sólo que en sentido contrario, se dirige según la muchedumbre; pero se hace, en todo caso á sí mismo las cosas mucho más difíciles que el hombre vulgar y se proporciona continuamente malos ratos, mientras que éste permanece alegre. Puede resumirse esto en una proposición: el *snob* decadente es un *filisteo* que padece manía de contradicción y anti-social, sin el más mínimo sentimiento hacia la obra de arte en sí misma.

Entre sus sesiones gustativas y olfativas, Des Esseintes lee á veces también. Las únicas obras que le gustan son, naturalmente, las de los parnasianos y simbolistas más excesivos. Puesto que encuentra en ellos (P. 266) «la

agonía de la vieja lengua, que después de haberse ido corrompiendo de siglo en siglo, acababa por disolverse, por alcanzar esa delicuescencia de la lengua latina que expiraba en los misteriosos conceptos y las enigmáticas expresiones de San Bonifacio y San Adelmo. En resumidas cuentas, la descomposición de la lengua francesa se había hecho de un golpe; en la lengua latina, una larga transición, un intervalo de cuatrocientos años existía entre el verbo como vetado y soberbio de Claudio y de Rutilio y el verbo como corrompido del siglo VIII. En la lengua francesa ningún transcurso de tiempo, ninguna sucesión de edad se había verificado; el estilo vetado y soberbio de los de Goncourt y el estilo corrompido de Verlaine y de Mallarmé se codeaban en París, viviendo al mismo tiempo, en la misma época, en el mismo siglo».

Ahora ya conocemos el gusto de un decadente-tipo en todos los sentidos. Echemos aún una ojeada sobre su carácter, su moralidad, su sentimiento, sus modos de ver políticos.

Tiene un amigo, d'Aigurande, al que un día se le ocurre casarse. «Basándose en este hecho que d'Aigurande no poseía fortuna alguna y que la dote de su mujer era casi nula (Des Esseintes) advirtió en ese simple deseo una perspectiva infinita de ridículos males.» Animó por consiguiente (!), á su amigo á cometer esa locura, y lo que tenía que suceder sucedió: el joven matrimonio llegó á carecer de dinero, todo se convirtió en motivo de desabrimientos y disputas, en suma, la vida se les hizo insoportable; él se divirtió fuera del hogar; ella «pidió á los expedientes del adulterio, el olvido de su vida lluviosa y mezquina.» De común acuerdo, rescindieron su contrato y requirieron la separación. «Mi plan de batalla era exacto, se dijo entonces Des Esseintes, que experimentó esa satisfacción de los estratégicos cuyas maniobras, previstas de mucho antes, se realizan con éxito.»

En otra ocasión, tropieza una noche en la calle de

Rívoli con un muchacho de unos diez y seis años, un chiquillo «paliducho y taimado» que estaba fumando un mal cigarrillo y se acercó á pedirle fuego. Des Esseintes le ofrece cigarrillos turcos aromáticos, entabla conversación con él, se entera así de que al chiquillo se le ha muerto su madre, que su padre le maltrata y que trabaja en el oficio de cartonero. «Des Esseintes le escuchaba pensativo. —Vente á beber, dijo. Y le llevó á un café, donde hizo que le sirvieran violentos ponches. El chiquillo bebía sin decir una palabra. —Vamos á ver, dijo de pronto Des Esseintes, ¿quieres divertirte esta noche? te convido.» Y conduce al desgraciado á una casa pública, en la cual su juventud y su perturbación chocan á las mujeres; mientras que una de las doncellas se va con el muchacho, la patrona pregunta á Des Esseintes qué idea se le ha ocurrido de llevar allí á aquel pilluelo. El decadente responde (P. 95): «Procuró sencillamente preparar un asesino. Ese mocito está virgen y ha llegado á la edad en que la sangre hierva; podría rondar á las muchachas de su barrio, permanecer honrado, sin dejar por eso de divertirse... Al contrario, trayéndolo aquí, en medio de un lujo que ni siquiera podía sospechar y que se grabará forzosamente en su memoria; ofreciéndole cada quince días una ganga parecida, se acostumbrará á estos goces que no le consienten sus medios; admitamos que se necesiten tres meses para que lleguen á hacerse absolutamente necesarios;... pues bien, al cabo de esos tres meses suprimo la pequeña renta que voy á entregarte para esta buena acción, y entonces el muchacho robará á fin de poder volver por aquí... Matará, así lo espero, al caballero que se presentará mal á propósito mientras él esté descerrajando los cajones de los armarios. Entonces habré conseguido mi objeto; habré contribuído en la medida de mis recursos á crear un granuja, un enemigo más contra esta odiosa sociedad que nos tiraniza.» Y se separa aquella primera noche del pobre niño mancillado, diciéndole:

«Vuelve corriendo á casa de tu padre... Haz á los demás lo que no quieres que te hagan; con esta máxima irás lejos.—Buenas noches. Sobre todo no seas ingrato; no tardes en darme noticias tuyas por conducto de las gacetas judiciales.»

Ve á unos chiquillos pobres de una aldea que se pelean por un pedazo de pan negro untado con un poco de queso blando. Ordena al instante que le preparen una tostada análoga, y dice á su criado: «Echa esa tostada á esos chicos que se dan de porrazos en la carretera. Que revienten á los más débiles y no tengan parte de ningún pedazo, y que además sus familias les den una buena paliza al volver á sus casas con los calzones rotos y los ojos acardenalados; eso les dará una ligera idea de la vida que les espera» (P. 226).

Si piensa en la sociedad, el grito éste se escapa de su pecho: «¡Eh! ¡húndete, pues, sociedad! ¿muere, pues viejo mundo!» (P. 293).

Para que los lectores no se queden con las ganas de saber la continuación de los destinos de Des Esseintes añadiremos que una grave enfermedad nerviosa se apodera de él en su soledad, y que su médico exige imperiosamente que regrese á París y vuelva á entrar en la vida común. Una segunda novela de M. Huysmans, *Allá abajo*, nos muestra á continuación lo que hace Des Esseintes en París. Escribe una historia de Gilles de Rais, el asesino sádico del siglo xv, acerca del cual el libro de Moreau (de Tours) que trata de las aberraciones sexuales, ha llamado evidentemente la atención de la cuadrilla de los diabólicos, por lo general profundamente ignorante, pero erudita sobre esta materia especial de la erotomanía, y esto suministra ocasión á M. Huysmans para escarbar y olfatear con una satisfacción de puerco las inmundicias más asquerosas. Expone además en este libro el lado místico del decadentismo, nos muestra á Des Esseintes convertido en devoto, pero asistiendo al mismo tiempo á la

«misa negra» en compañía de una mujer histérica, etc. No tengo razón ninguna para ocuparme de este libro tan repugnante como necio; lo que he querido hacer es mostrar el hombre ideal del decadentismo.

Hele ahí, el «superhombre» con que sueñan Baudelaire y sus discípulos y al cual tratan de parecerse; físicamente, enfermo y débil; moralmente, un pillo redomado; intelectualmente, un idiota increíble que gasta el tiempo en escoger artísticamente los colores de los paños con que ha de tapizar su cuarto, en observar los movimientos de peces mecánicos, en oler perfumes y en lamer licores. Su invención más extraordinaria es velar por la noche y dormir de día y mojar la carne en el te. El amor y la amistad son desconocidos para él. Su sentido artístico consiste en espiar la actitud de las gentes frente a una obra, para tomar inmediatamente la actitud opuesta. Su inadaptabilidad completa se revela en que cada contacto con el mundo y los hombres le produce dolor. Arroja naturalmente sobre sus semejantes la causa de su malestar y vocifera contra ellos como una verdulera; los califica en masa de pillos y de imbéciles y profiere contra ellos horribles maldiciones anarquistas. Este cretino se considera como infinitamente superior a los demás y su estupidez inaudita no tiene igual más que en su adoración grotesca de sí mismo. Posee cincuenta mil francos de renta y es también necesario que los posea, dado que un lastimoso caballereite por el estilo no se hallaría en estado de arrancar un ochavo a la sociedad ni un grano de trigo a la naturaleza. Parásito de la especie más baja, especie de sáculo humano¹, estaría condenado, si fuera pobre, a mo-

¹ El sáculo es un cirrípedo que vive en el estado de parásito en el canal intestinal de ciertos crustáceos. Representa la más profunda transformación regresiva de un ser vivo primitivamente de una organización más elevada. Ha perdido todos sus órganos diferenciados, y no forma ya en substancia más que una vesícula (de donde su nombre: saco pequeño) que se llena con los jugos del huésped.

rir miserablemente de hambre, en el caso en que la sociedad, en su bondad mal empleada, no le asegurase lo necesario para la vida en un asilo de idiotas.

Si M. Huysmans nos ha mostrado en su *Des Esseintes* al decadente con predominio de perversión de todos los instintos, es decir al completo baudelaireano anti-natural, con locura estética y diabolismo anti-social, otro representante en situación visible de la literatura decadente, M. Mauricio Barrés, encarna el puro egotismo del degenerado incapaz de adaptación. Ha consagrado hasta aquí al «culto del yo» una serie de cuatro novelas, y ha comentado las tres primeras en un folleto casi más precioso para nuestro estudio que las novelas mismas, por esta razón que todos los sofismas por los cuales la conciencia se esfuerza por explicar con mentiras las obsesiones de lo inconsciente enfermo, se presentan en ese folleto cómodamente resumidas en una especie de sistema filosófico.

Unas cuantas palabras acerca de M. Mauricio Barrés. Comenzó por hacer hablar de él defendiendo en la prensa parisiense a su amigo Chambige, un cultivador lógico de su «yo». Luego se convirtió en diputado boulangérista y más tarde canonizó a María Baschkirtseff, una degenerada muerta en la juventud de tisis, enferma de locura moral, de un principio de delirio de las grandezas y de la persecución así como de exaltación erótica morbosa, bajo la invocación de «Nuestra Señora del Sleeping»¹. Sus novelas: *Bajo la mirada de los Bárbaros*, *Un Hombre libre*, *El Jardín de Berenice* y *El Enemigo de las leyes*, están construidas con arreglo a la fórmula artística establecida por M. Huysmans. El cuadro de un ser huma-

ped, absorbidos por el parásito valiéndose de unos cuantos vasos que envía a la pared intestinal de aquél. Este ser raquíptico ha conservado tan pocas cosas de un animal independiente, que se le ha considerado por mucho tiempo como una escrecencia enfermiza del intestino de su huésped.

¹ Mauricio Barrés, *Tres estaciones de psicoterapia*, París, 1892. Segunda estación.

no, de su vida intelectual y de sus destinos exteriores monótonos apenas modulados, da al autor pretexto para expresar sus propias ideas sobre todas las cosas posibles: sobre Leonardo de Vinci y Venecia¹, sobre un museo de provincia y el arte industrial de la Edad Media², sobre Nerón³, Saint-Simón, Fourier, Marx y Lassalle⁴. Era en otros tiempos costumbre utilizar en artículos de periódicos ó de revistas, que después se publicaban en tomos, esas excursiones por todos los terrenos posibles. Pero la experiencia ha enseñado que el público no muestra mucho interés hacia esas colecciones de artículos, y los decadentes han tenido la habilidosa idea de enlazarlos unos á otros por medio de un hilo de narración apenas perceptible y servirlos á los lectores como si fueran novelas. Los novelistas ingleses del siglo precedente (el XVIII), y luego Stendhal, Juan Pablo y el mismo Goethe, han conocido también esos bordados de reflexiones personales del autor sobre el cañamazo de la narración; pero en ellos (con excepción quizás de Juan Pablo) estas intercalaciones estaban por lo menos subordinadas al conjunto de la obra. Les estaba reservado á M. Huysmans y á su escuela hacer de esas intercalaciones lo principal y transformar la novela, de poesía épica en prosa que era, en una mezcla híbrida de los *Ensayos* de Montaigne, de los *Parerga* y *Paralipomena* de Schopenhauer, y de los desahogos de Diario de una colegiala de convento.

M. Barrés no oculta en modo alguno que en sus novelas ha pintado su propio ser y que se considera á sí mismo como el representante típico de una especie. «Estas monografías... son, dice, un dato sobre un tipo de joven

¹ Mauricio Barrés, *Un Hombre libre*. Tercera edición. París, 1892.

² Idem, *El Jardín de Berenice*. París, 1891, páginas 37 y siguientes.

³ *El Jardín de Berenice*, pág. 245 y siguientes.

⁴ Mauricio Barrés, *El Enemigo de las leyes*. París, 1893; páginas 63, 88, 170.

ya frecuente y que, lo presiento, llegará pronto á ser más numeroso todavía entre los que están hoy en el liceo... Estos libros... serán consultados en lo porvenir como documentos»¹.

¿Cuál es la índole de este tipo? Respondamos á esta pregunta en los términos mismos del autor. El protagonista de las novelas es «un poco culto, orgulloso, refinado y desarmado» (*Examen*, pág. 11); «un joven burgués pálido, hambriento de todas las felicidades» (pág. 26); «desanimado por el contacto con los hombres» (pág. 34); es uno de los que «se encuentran en un estado penoso en medio del orden del mundo,... que se sienten débiles enfrente de la vida» (pág. 45). ¿Puede imaginarse una descripción más completa del degenerado incapaz de adaptación, mal armado en vista de la lucha por la existencia, y odiando y temiendo, por esta razón, al mundo y á los hombres, pero sacudido al mismo tiempo por deseos enfermizos?

Ese pobre ser maltrecho, que la debilidad de su cerebro imperfecto y el perpetuo tumulto de sus órganos mal sanos hacen necesariamente egotista, eleva sus dolencias á la altura de un sistema que proclama con orgullo (página 18). «Conviene que nos atengamos á la sola realidad, al Yo» (pág. 45). «No hay más que una cosa que conozcamos y que exista realmente... Esta sola realidad tangible, es el Yo, y el universo no es más que una pintura al fresco que él hace hermosa ó fea. Permanezcamos unidos á nuestro Yo, protejámosle contra los extraños, contra los Bárbaros».

¿Qué entiende por los Bárbaros? Son los «seres que de la vida poseen un ensueño opuesto al que él (el protagonista de uno de sus libros) se ha forjado. Aunque fueran por cualquier causa, finos espíritus cultivados, son para él extranjeros y adversarios». Un hombre joven «obliga-

¹ Mauricio Barrés, *Examen de tres ideologías*, París, 1892, página 14.

do á la fuerza por la vida á cultivar el trato de los seres que no son de su patria psíquica» experimenta «una penosa rozadura» «¡Ah! ¡qué me importa la calidad de alma de quien contradice una sensibilidad! Esos extranjeros que ponen obstáculos ó desvían el desarrollo de tal Yo delicado, vacilante y que se esfuerza en conocerse á sí mismo, esos bárbaros por los cuales más de un joven impresionado frustrará su destino y no encontrará su alegría de vivir, yo los odio» (pág. 23). «Soldados, magistrados, moralistas, educadores», esos son los Bárbaros que ponen obstáculo al desarrollo del «yo» (página 43). En una palabra, el «yo» que no puede orientarse en el orden social, considera como enemigos suyos á todos los representantes y los defensores de este orden. Lo que él quisiera, sería «entregarse sin reacción á las fuerzas de su instinto» (pág. 25), distinguir «dónde están sus curiosidades sinceras, la dirección de su instinto, su verdad» (pág. 47). Esta idea de dar rienda suelta al instinto, á la pasión, á lo inconsciente, de vigilar á la razón, al juicio, á la conciencia, se presenta de nuevo centenares de veces en las novelas del autor. «El gusto reemplaza á la moralidad» (*El Enemigo de las leyes*, p. 3). «Hombre, y hombre libre, ojalá me sea dado cumplir mi destino, respetar y favorecer mi impulsión interior, sin tomar consejo de nada que esté fuera de mí!» (pág. 22). «¡Sociedad tirada á cordel! Ofreces la esclavitud á quien no se conforma con las definiciones de lo bello y del bien adoptadas por la mayoría. ¡En nombre de la Humanidad, como en otros tiempos en nombre de Dios y de la Ciudad, cuántos crímenes se preparan contra el individuo!» (página 200). «No es forzar las inclinaciones del hombre lo que hace falta, sino adaptar á ellas la forma social» (página 97). (¡Qué fuera más sencillo adaptar á la forma social que hace ley para millones de hombres, las inclinaciones de uno solo, es una idea que ni siquiera se le ocurre á nuestro filósofo!)

Es absolutamente lógico que M. Barrés, después de habernos mostrado en sus tres primeras novelas ó «ideologías», el desarrollo de su «cultivador del yo», haga convertirse á éste en anarquista y «enemigo de las leyes». Pero siente perfectamente que se le objetará con legítima razón que la sociedad no puede existir sin una ley y un orden cualquiera, y trata de prevenir esta objeción afirmando que cada uno sabe conducirse por sí mismo, que el instinto es bueno é infalible: «¿No sentís, dice, (pág. 177) que nuestro instinto ha sacado provecho del largo aprendizaje de nuestra raza á través de los códigos y de las religiones?» Confiesa, pues, que «religiones y códigos» tienen su utilidad y su necesidad, pero solamente en un período primitivo de la historia humana. Cuando los instintos eran todavía salvajes, malévolos é irracionales, tenían necesidad de la disciplina de la ley; pero ¿es que son ahora de tal modo perfectos, que ese guía y ese maestro no les es ya necesario? Hay, sin embargo, todavía criminales; ¿qué hacer con ellos? «Ahogándoles á besos y previniendo sus necesidades, se les impide causar perjuicio». Daría cualquier cosa por ver á M. Barrés obligado, en un atraco nocturno, á emplear su método de defensa contra asesinos.

Dejarse llevar por sus instintos, es, en otros términos, hacer á lo inconsciente dueño de la conciencia; subordinar los centros nerviosos más elevados á los centros inferiores. Ahora bien; todo progreso estriba en que los centros más elevados ejercen de día en día mayor autoridad sobre el organismo entero, en que el juicio y la voluntad doman y dirigen cada vez más severamente á los instintos y á las pasiones, en que la conciencia invade siempre cada vez más el dominio de lo inconsciente y se anexiona de continuo nuevas partes de éste. De cierto, el instinto expresa una necesidad directamente sentida cuya satisfacción procura un placer directo; pero esta necesidad es á menudo la de un órgano único, y su satisfacción, aun-

que agradable al órgano que la reclama, puede ser perjudicial y aun mortal para el organismo total. Luego después, hay instintos antisociales cuya satisfacción, es cierto, no es directamente perjudicial al organismo mismo, sino que hace difícil ó imposible su vida en común con la especie, peores, por consiguiente, sus condiciones vitales y prepara indirectamente su ruina. Sólo el juicio está llamado á oponer á estos instintos la representación de las necesidades del organismo total y de la especie, y la voluntad tiene la misión de asegurar á la representación racional la victoria sobre el instinto suicida. El juicio puede equivocarse, puesto que es el resultado del trabajo de un instrumento superiormente diferenciado y delicado que, como toda máquina fina y complicada, se desarregla y se niega al servicio más fácilmente que un útil más simple y más grosero; el instinto—esta experiencia de la especie heredada y organizada—es, por regla general, más seguro; esto debe seguramente ser admitido. Pero ¿dónde está la desgracia, si el juicio se equivoca una vez en una prohibición que opone al instinto? El organismo, la más de las veces, no se ve privado en este caso, sino de un sentimiento momentáneo de placer; sufre pues, á lo sumo, un perjuicio negativo; pero la voluntad habrá hecho un esfuerzo, adquiriendo vigor por el ejercicio, y esto es para el organismo un provecho positivo que contrarresta, seguramente, casi siempre esos perjuicios negativos.

Y todas estas consideraciones presumen la salud perfecta del organismo, puesto que con ella tan sólo trabajan normalmente lo mismo lo inconsciente que la conciencia. Pero hemos visto más arriba que lo inconsciente, por su parte, está también sometido á la enfermedad; puede ser estúpido, obtuso y demente como la conciencia; entonces deja por completo de ser seguro; entonces los instintos son guías tan desprovistos de valor como ciegos ó gentes embriagadas; entonces el organismo, si se abando-

na á ellos, tiene que acabar en la ruina y en la muerte; la sola cosa que pueda á veces salvarle entonces es la vigilancia constante, ansiosa, siempre en tensión, del juicio, y como éste no es nunca capaz, por sus propios recursos, de resistir á una fuerte barahunda de instintos en rebeldía y rabiosamente excitados, tiene que ir á pedir refuerzos al juicio de la especie, es decir á una ley, á una moralidad reconocidas cualesquieran que sean.

Tal es la loca aberración de los «cultivadores del yo»; cayendo en el mismo defecto que los superficiales psicólogos del siglo XVIII, que no reconocían más que la razón, los primeros no ven más que una parte de la vida intelectual del hombre: su inconsciente; quieren recibir su ley únicamente del instinto, pero descuidan por completo el ver que el instinto puede degenerar, caer enfermo, agotarse, y llega á ser entonces tan inutilizable en calidad de legislador como lo sería un loco furioso ó un idiota.

M. Barrés contradice por otra parte á cada paso sus propias teorías. Mientras pretende creer que los instintos son siempre buenos, pinta, con las expresiones de la más tierna admiración, á muchas de sus heroínas como verdaderos monstruos morales. La «princesita», en *El Enemigo de las leyes*, es un des Esseintes femenino: se vanagloria de haber sido, de niña, «el azote de la casa (pág. 146). Consideraba á sus padres como sus «enemigos» (página 149). Ama á los niños «menos que á los perros» (página 284). Naturalmente, se entrega en seguida á todo hombre que le cae en gracia, puesto que de no ser así, ¿de qué serviría ser una «cultivadora del yo» y una adepta de la ley del instinto? Tales se nos presentan los seres buenos de M. Barrés, que no tienen ya necesidad de ley, porque «han sacado provecho del largo aprendizaje de nuestra raza».

Unos cuantos rasgos todavía para completar el retrato intelectual de este decadente. Hace contar por su «princesita»: «Cuando yo tenía doce años, me gustaba, en